

MIGUEL DE VALENCIA

GLOSAS DE LA CULTURA

LA FUENTE DEL SOL está situada en el desierto africano de Siva. Brota en un oasis, próximo a los lugares en donde se levantó el templo de Amón. He ahí que tal oasis es una graciosa mancha verde, entre los mares arenosos del Sahara.

El hontanar de aguas calientes vierte sus aguas, casi saladas, desde tiempos remotos. Se dice que constituyó la máxima atracción en la época de los faraones. Contaminaciones radiactivas de sus linfas han recabado la atención de los geólogos y de los investigadores científicos.

Herodoto nos habla de este surtidor, de esas aguas, matizadas en su temperatura a lo largo del día. Se le dio el nombre de Fuente del Sol, para glosar lo que se juzgó milagroso, por obra y gracia del rey de los astros. En nuestros días sigue manando, para convertirse en atracción de turistas, imbuidos de afanes científicos. Y de los cuatro puntos cardinales llegan individuos, convencidos de la virtud curativa de un agua, tocada por la gracia de los dioses.

El oasis de Siva es de una belleza incomparable. Su longitud es de diez kilómetros. Su anchura oscila entre ocho kilómetros y cien metros.

Penachos de erguidas palmeras matizan los cielos con sus verdes colores. Los dátiles muestran sus reconcentradas gotas de miel. Higueras y albaricqueros, granados y limoneros constituyen una verdadera riqueza, centrada, tan sólo, en poder de algunos señores.

Muy cerca de La Fuente del Sol rebullen los cauces de otra fuente termal, consagrada a Moisés, en la que se bañan los hombres. Porque la del Sol está destinada a las mujeres. La religión de estos habitantes de Siva tiene una significación higiénica. Y los baños son parte integrante de un rito sagrado.

El grupo racial de esta zona del desierto era, antaño, de gran belleza. Ahora se halla mezclado con los negros, que desde muchos siglos atrás fueron importados como esclavos. Esa mezcla les fue perjudicial. Desapareció el tipo de belleza griega que distingue tanto a los tuaregs como a los bereberes del Atlas.

Aguas templadas, fuentecillas que riegan la tierra, palmeras que desempolvan con sus plumeros las nubes bajas, lagos salados y angostos senderos son los elementos de un paisaje africano, muy cerca del templo egipcio de Amón, en una hondonada del terreno, a treinta metros bajo el nivel del mar. Las fuentes del Sol y de Moisés entregan el surtidor de sus aguas cálidas, regidas, posiblemente, por las antiquísimas divinidades de hombres primitivos. El turismo está a punto de pulverizar especiales mitologías, esotéricas creencias en cuya entraña hay adarmes de verdad, difuminada entre paramentos mágicos.



Un escritor ha enfocado el tema de Aristóteles y los Indios.

He ahí el subtítulo de una obra recientemente publicada. Su autor, Lewis Hanke, estudia el prejuicio racial en el Nuevo Mundo, intenta seguir las huellas del pensamiento aristotélico en la conquista de tan vasto continente, con sus hombres ingenuos, pegados al terruño.

A simple vista parece absurdo relacionar a Aristóteles con los indios americanos. Sin embargo, el propósito se hace más sencillo y lógico, si pensamos que, a partir del descubrimiento de América, se habla de una raza, mejor dicho, de un grupo de seres humanos, a quienes hay que dominar y vencer, reduciéndolos a esclavitud, tal como lo defendiera el filósofo griego.

En España surgieron muchas controversias acerca de la justicia de trato dado a los aborígenes. Y los resultados fueron muy diversos.

Colón aseveró que había descubierto el paraíso terrestre. En la mente del Almirante rebullían los plurales sedimentos de muchas leyendas. En más de una oportunidad hubiese querido comprobar sus imaginaciones. No en vano, entre sus lecturas vibraban los recuerdos de Santa Ursula y de las once vírgenes navegantes. Pocas veces los monstruos soñados le salieron al paso, prefiriendo, tal vez, permanecer en sus problemáticas guaridas.

La Corona de Castilla emprendió la tarea de cristianizar las tierras descubiertas. Antes de proceder, fue necesario estudiar la naturaleza y capacidad de los indios. Y comenzó una época de inquietudes. Cosa rara para unos hombres que se habían acostumbrado a tener negros. Ahora bien, los indios eran una especie de enigma. Tanto se había fantaseado en torno suyo.

Surgieron los defensores. Un conquistador obtuvo autorización del rey de España para llevar al Perú cien camellos, porque era inhumano que los indios soportasen pesos excesivos.

Carlos V y sus consejeros decidieron, en último término, la doctrina que se aplicaría a los indios americanos. Y en estas tierras de maravilla, disparadero emocional de insólitas fabulaciones, se aplicó el régimen que recuerda la antigua teoría de Aristóteles: "Algunos hombres nacen esclavos".

Y la esclavitud, con todas sus tremendas consecuencias, fue ley desde las costas de Florida hasta "el lejano Chile".

Maravilloso libro el de Lewis Hanke. Una documentación exacta y muy concreta le sirve de hilo conductor. El prejuicio racial en el Nuevo Mundo ha sido estudiado en extensión y profundidad. Las consecuencias, aunque ya superadas por la historia más próxima, no dejan de gravitar en algunas conciencias. Poco sabía Aristóteles que su nefasta doctrina de la esclavitud habría de guiar diversas sensibilidades.



Como es sabido, las cinco posiciones clásicas de la danza han sufrido transformaciones y paulatinos enriquecimientos. Serge Lifar nos habla de esas evoluciones en su entretenido estudio de la danza.

Los danzarines ensayan variados recursos. Y los creadores de "ballets" buscan su inspiración en múltiples incitaciones de la vida diaria.

Ahora bien, interesa destacar el hecho de que un médico danés, Harald Krogskaard, ha creado uno de estos "ballets", partiendo de una motivación científica, con la idea de ofrecer un tema que sirva de enseñanza. He ahí la coreografía de la penicilina.

Los personajes son una bacteria, un leucocito, un eritrocito y la muerte. Como telón de fondo, extrañas ilustraciones abstractas, es decir, figuras que simbolizan los tejidos del organismo humano.

Como dice su autor, "por medio de las luces de diversos colores se hace cambiar el aspecto de las figuras, expresando, así, el estado del tejido durante el curso de la enfermedad." El autor de la música es el joven danés Ole Schmidt. Y el maestro de baile, Frank Schaufus, creador de una coreografía animada y dramática que alcanza su punto culminante en "la danza de la fiebre", interpretada por un bailarín profesional, Niels Kehlet.

El desarrollo de la coreografía es el siguiente: La bacteria, simbolizada por una ágil mujercita, vestida de amarillo con vistosas farándolas, hace su aparición. Penetra en el organismo. Leucocito y eritrocito, guardianes de la salud, entran en acción. Bailan con desenfreno, rodean al enemigo, quisieran ven-

cerlo, subyugarlo. Pero la bacteria salta, se escurre, consigue agazaparse, sin ser vista. Y surge la fiebre. La bailarina malévola domina el escenario. Muy cerca de ella, la muerte vacila, está quieta, optimista. Pero entra en acción la penicilina, bajo la forma de bailarinas vestidas de blanco. La muerte retrocede, la bacteria desaparece, el triunfo está cerca. La música cambia de carácter. Los eritrocitos, bailarinas en malla oscura, con figuras y anillos rojos, reanudan la circulación regular. Y el "ballet" tendrá una culminación de movimientos, un frenesí que es la expresión de una alegría profunda, así como el triunfo de la vida.

El doctor danés Harald nos dice que su obra fue puesta en escena la misma noche en que se representaba otra danza de signo macabro. Una obra cuyo tema es la resignación, frente a la muerte. Como es lógico, el contraste es enorme, pone en parangón dos posturas, dos maneras de concebir la vida. He ahí un homenaje a un hombre de ciencia: Alexander Fleming.

Incluso podrían establecerse vinculaciones con ciertos aspectos del pensamiento filosófico nórdico. El nombre de Soren Kierkegaard, en su tiempo, señaló interesantes matizaciones vivas del fluir existencial.

Quizás, al margen de un espectáculo creado por hombres que ejercen la medicina, es posible hacer derivar una preocupación de tipo didascálico, docente, de inspiración científica. Algo muy lógico, en momentos de honda inquietud pedagógica, en períodos tan propicios para enfocar el tema de las mutaciones biológicas, de las aptitudes fabricadas y de la salud, como obligado denominador y punto de arranque para todas las lucubraciones.



Conan Doyle nació hace un siglo. Quienes perciben las solicitaciones emotivas de la aventura y del misterio celebran ese centenario. Pero he ahí que detrás del hecho concreto hay otras y muy sutiles resonancias. Algo así como el reconocimiento de un nuevo arte de novelar, tal vez el aplauso brindado a los escritores de fina curva sensitiva que pretenden internarse hasta los abismos del ser humano, provistos de redes, para cazar los minúsculos enemigos, siempre agazapados en muchos cerebros y en algunos corazones.

Una glosa en torno a las novelas de aventura y misterio no tendría sentido, si no intentásemos explicarnos las razones que fundamentan su auge y difusión, incluso entre los individuos más sensatos, entre los cerebros cartesianos

que gustan internarse por los vericuetos del honor, en donde el crimen perfecto se balancea entre varias premisas de incalculable sutileza y fragilidad.

Desde antaño, el hombre ha imaginado situaciones problemáticas, nudos vitales cuya irradiación era conveniente diluir en paramentos míticos. De esa forma, en los umbrales de la realidad se abría la incitación de unas zonas oscuras. Y más allá del hecho concreto, era posible la existencia de sutiles deducciones, de finalidades proyectadas hasta los cielos, en ascensión infinita. Y el individuo vivía, así, la aventura y el misterio. Al principio de una manera primaria. Después, en términos complicados, ya que los poetas le salían al frente para inventar sus fábulas, para alimentar sus anhelos de un vivir angustioso.

El individuo de las grandes ciudades, víctimas de su inquietud existencial, quisiera sentirse vivir en plena aventura, imaginar cosas que no existen en la monotonía de un estar en el mundo, siempre encuadrado por las normas de una ética tradicional.

Los novelistas imaginan situaciones cruciales, propician el salto ágil de las voluntades, caen en lo descomunal e insólito. Ahora bien, como signo prometededor, está naciendo el tipo de novela de investigación psicológica. Su autores son hombres cultos, escritores de jerarquía.

Hace cien años que nació Conan Doyle. Desde entonces los hombres han vivido originales experiencias. A veces, el hombre ha dejado de ser la medida de todas las cosas. Pero el laborar filosófico y la investigación científica han ajustado los términos. Aventura y misterio, un filosofar que va de camino, un constante escrutar los altos horizontes, un vivir como problema y como programa, son los valores humanísticos que se engarzan en una glosa de lo espeluznante y misterioso, tal como en un canastillo se enredan las flores de loto.



Safo, la más inspirada poetisa de la antigüedad, fue llamada la Décima Musa. De ella se conservan, tan sólo, algunos cantos amorosos, una oda a Venus. Siguió las huellas estéticas de Alceo, a quien debió de brindar sus amores. El arte los ha representado juntos, en vasos de filigrana, creando la posibilidad de una leyenda romántica. Safo escribía: "Oigo las pisadas de la florida primavera". Y Alceo respondía: "Coronada de violetas, pura, suavemente sonriendo Safo..."

La estrofa sáfico-adónica es una de las más bellas creaciones de la métrica griega. El finísimo oído de Safo dio la pauta de ese malabarismo estrófico.

Cuando Safo escribe a la rosa, un tropel de imágenes y de metáforas pugnan por incrustarse en las estrofas. Y así dice que si los dioses dieran una reina a los prados, elegirían a la rosa, mimada de los campos, amor y delicia de los valles, porque en ella brilla el aliento purísimo que embalsama el céfiro, "que dulce se desliza".

De las obras de Safo son pocos los fragmentos que se conservan, pero bastan para decirnos que su poesía tiene un matiz de milagrosa y tersa pureza.

He ahí que un grupo de hispanistas ingleses prepara una Antología de poesía griega, desde la época prehistórica hasta la época bizantina. En ella se nos ofrecerán interesantes momentos del espíritu humano, con sus aedas y rapsodas, con sus vates de inspiración moderna.

Y ahí estarán, sin duda, abriendo la marcha entre los líricos, Tirteo, zurcidor de cantos guerreros; Solón, que cantaba las delicias de la paz; Arquíloco de Paros, hombre mordaz, satírico, sin compasión hacia sus enemigos; Alceo, romántico, sibarita, que glosó con desenfado las inciertas gracias de los donceles; Simónides de Ceo, Píndaro. Y entre ellos, como piedras preciosas, rutilantes en el cielo poético, Safo, la mujer menuda, sin gracia corporal, de tez aceitunada, aunque dueña de una muy rica sensibilidad. Y Corina, con su belleza ondulante, con un gracejo sin par en su habla matizada de giros eruditos, pero con una base lingüística esencialmente popular. Que tal fue su gracia, su anticipadora visión de los más valiosos derroteros del menester poético.

Avezados hispanistas traducen anónimas canciones, cantos corales. Quizá se nos brinden originales versiones de algunos delicados poemas. Tales, por ejemplo, los del "molino", el de "las hilanderas", el del "lagar" y la bella elegía de "las golondrinas".

"Trenos", "ditirampos", "peanes" fueron estrofas en que se cantaba a la Naturaleza. Del "ditiramno" nació la tragedia. Y más tarde, de los cantos alrededor de las aldeas surgió la gracia inefable de la comedia.